

Universidad e historia de la Revolución

Álvaro Matute

Nacida al mismo tiempo que la Revolución Mexicana, la UNAM mostró muy pronto su capacidad de reflexión sobre los temas inmediatos. Álvaro Matute, investigador del Instituto de Investigaciones Históricas, recorre las diversas perspectivas y publicaciones que sobre este movimiento se han desarrollado en nuestra Casa de Estudios.

En recuerdo de Andrea Sánchez Quintanar

Si la Universidad no destacó pronto como productora de libros sobre la Revolución Mexicana, sí lo hizo por su actividad docente con respecto al movimiento armado-social ocurrido a partir de 1910, año cuyo nacimiento comparten. En efecto, Universidad y Revolución son productos de la etapa final del Porfiriato. Sus trayectorias necesariamente se entrelazarán, a veces como opuestas y a veces complementarias.

La Escuela Nacional Preparatoria adquirió un significado especial. En su seno se gestó y desarrolló la mayor atención a la Revolución como tema de enseñanza. Un primer momento destacado ocurrió en los años treinta, cuando impartía clases sobre el asunto don Antonio Díaz Soto y Gama. Entre sus alumnos se contaba con Jesús Sotelo Inclán, cuya familia había sido damnificada por la revolución zapatista, por lo cual el joven Sotelo no tenía una buena opinión de ella.¹ La fuerza didáctica

de Soto y Gama fue tal, que en los tempranos años cuarenta, Sotelo Inclán se convirtió en autor de uno de los primeros libros de raigambre académica sobre el zapatismo, *Raíz y razón de Zapata* que es, a la vez, un buen ejemplo de microhistoria sobre Anenecuilco. Sotelo, tras recibir el impacto del curso de Soto y Gama, viajó a Morelos y se puso a buscar tales raíces y razones que desde la época colonial alimentaron la explosión del movimiento acaudillado por Emiliano Zapata. Con esto, la enseñanza de la historia de la Revolución en la Preparatoria se anota su primera gran realización. El libro de Sotelo Inclán le da una profundidad al movimiento zapatista de la que carecían otras historias de la Revolución, por el hecho de ligarla con antecedentes de larga duración.

Otro caso interesante es el del licenciado Miguel Alessio Robles. Al promediar los años cuarenta, expresa el autor, “La Universidad Autónoma de México me

¹ El incidente y sus consecuencias son narradas en el inteligente capítulo elaborado por Felipe Arturo Ávila Espinosa, “La defensa de indios de un procurador académico. Raíz y razón del zapatismo” en

Evelia Trejo y Álvaro Matute, *Escribir la historia en el siglo XX. Treinta lecturas*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 2005, pp. 93-113.

invitó para que escribiera la Historia de la Revolución. Con gusto —agrega— acepté la invitación”. La Universidad, en efecto, invitó a un lúcido testigo-actor de la Revolución, probado escritor, a impartir una serie de conferencias que se convirtieron en un libro sobre la historia política del movimiento. Publicó el libro no con el sello editorial de nuestra Casa de Estudios, sino con el de la entonces muy activa y prestigiada casa Ediciones Botas, que para 1946 daba a los lectores ya la tercera edición. Si el libro cayó después en el olvido, no lo fue por falta de méritos. Miguel Alessio Robles había destacado como buen periodista-ensayista, autor de libros que recogen sus artículos de tema histórico-revolucionario, ubicados en la etapa en la que la memoria oral colectiva adquiere la precisión del recuerdo y supera vaguedades e inexactitudes. De muchos de esos recuerdos, Alessio Robles fue testigo presencial. Por citar alguno, en su libro *La cena de las burlas*, hace el relato de un fuerte altercado entre los generales Plutarco Elías Calles y Benjamín Hill, en el cual éste defendió al licenciado José Inés Novelo de las invectivas que le lanzara el general Calles. Alessio, después de separarse del gabinete de Álvaro Obregón en 1923, por su inclinación hacia Adolfo de la Huerta, se dedicó al ejercicio de su profesión, la abogacía, y a escribir a partir de sus recuerdos de la Revolución, así como a plantear sus interpretaciones. Distant del centro de poder, fue crítico e irónico. Para los años cuarenta gozaba de excelente reputación y de ahí la invitación universitaria a elaborar un libro, ya no de aspectos muy particulares, sino una visión de conjunto. Ésta no es otra cosa sino un relato general, salpicado de puntualidades y precisiones, que lo hace desembocar en su presente. Su historia es, como bien lo indica su título, una *Historia política de la Revolución*, la cual vino a poblar una bibliografía ya para entonces abundante, pero todavía muy ligada a los diferentes grupos revolucionarios. Durante algún tiempo el libro de Alessio fue un referente obligado.

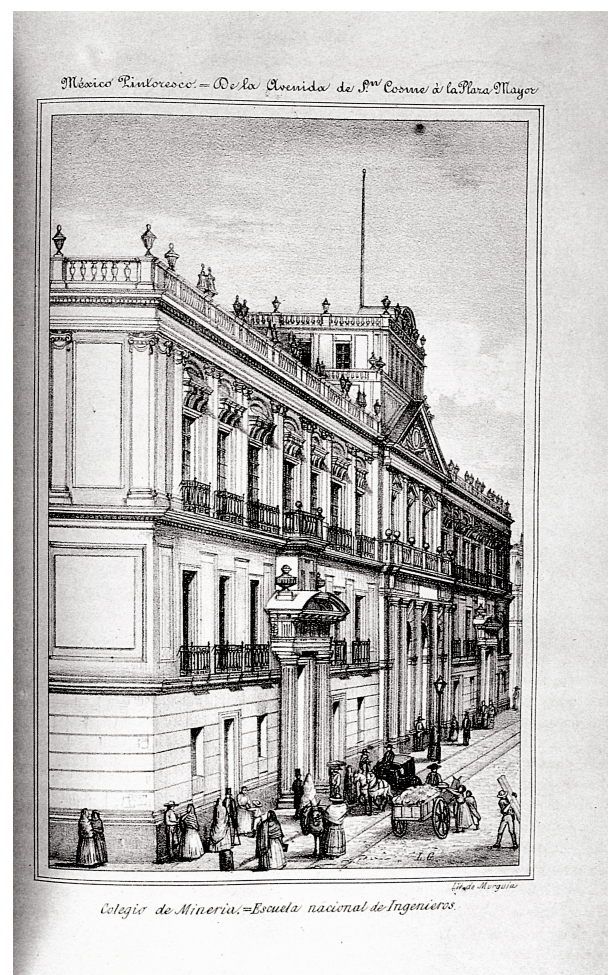
A lo largo de los años cincuenta, de manera coincidente con la expansión preparatoriana, es decir, la apertura de nuevos planteles —del 4 al 7—, fueron reformados los planes de estudio, con el llamado “bachillerato único”. En él la enseñanza de “las dos historias”, es decir la Universal y la de México, tenían su lugar. Eran materias obligatorias y el plan de estudios abarcaba, desde luego, la Revolución, debiendo llegar hasta la expropiación petrolera. Cabe decir que eran pocos los maestros que cubrían el programa en su integridad. Éste se debía, fundamentalmente, al licenciado Manuel González Ramírez, entonces jefe de clases de Historia, en la Dirección General de la Preparatoria. Obregonista por convicción, se ocupaba entonces de dar cima al proyecto del Patronato de la Historia de Sonora y formaba excelentes recopilaciones de planes y manifiestos políticos.

Había sido integrante de la generación 20-24 de la Escuela Nacional Preparatoria, misma de la que formaba parte el presidente Miguel Alemán, y perteneció al grupo de “Los Cachuchas”, en el que destacaban Frida Kahlo y Alejandro Gómez Arias.² Don Manuel se convirtió en autoridad en historia de la Revolución, a partir de su libro polémico acerca de los Tratados de Bucareli, en el que refutaba a don Antonio Gómez Robledo.³ Para los inicios de la década de los cincuenta, era incuestionablemente uno de los académicos mejor dotados para emprender el estudio de la Revolución. Como funcionario preparatoriano estableció un seminario optativo para el quinto año de bachillerato que versaba sobre la Revolución Mexicana. Con este seminario y lo que se podía abarcar en la clase de Historia de México, la enseñanza de historia de la Revolución quedaba garantizada.

La discusión acerca de la Revolución cobró mucha intensidad en los años cincuenta. Un importante detonador fue la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México* que publicaba libros novedosos, debidos a plumas norteamericanas, sobre los efectos de la Revolución, al lado de clásicos como *Los grandes problemas naciona-*

² Véase su interesante libro *Recuerdos de un preparatoriano de siempre*, UNAM, México, 1982, 143 pp.

³ Véase mi artículo “Bucareli en el debate histórico”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, número 28, enero-abril, 1944, México, p. 65-79 en el que analizo dicha polémica.



Colegio de Minería, 1880



Plaza de Santo Domingo y Palacio de Medicina, siglo XIX



Instituto de Geología, 1900

les de Molina Enríquez o el *México bárbaro* de Turner. En la revista colaboraban muchos universitarios de la Escuela Nacional de Economía. Los cursos de invierno de la Facultad de Filosofía y Letras del año 1955 versaron sobre la Revolución e implicaron una participación importante de muchos intelectuales que abordaron y discutieron diversos aspectos vinculados a los orígenes, desarrollo y resultados del acontecimiento iniciado en 1910. Esto marca un cambio cualitativo importante, porque implicó quitarle la palabra a los viejos revolucionarios que habían monopolizado la escritura de textos sobre aquello en lo que habían participado. Ahora se trataba de discutir y de valorar fuentes.⁴

En el seno de la Facultad de Filosofía y Letras se enseñaba desde luego, como materia, la Revolución Mexicana. Don Salvador Azuela se encargó de ella durante muchos años, paralelos a su ejercicio como Vocal Ejecutivo del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM). También en la cátedra de “México contemporáneo”, José María Luján enseñaba porfirismo y revolución, apoyado en sus vastos conocimientos y en su amena narrativa oral, así como en el denso libro de Jorge Vera Estañol. De esos años surgen las primeras tesis de tema revolucionario, elaboradas con criterios académicos modernos. Al lado de ellos, los filósofos buscaban, en la historia de las ideas que animaron al movimiento revolucionario, elementos que ayudaran a explicar su continuidad o la falta de ella. Destacaron al respecto Leopoldo Zea y Juan Hernández Luna, a quienes se sumó Abelardo Villegas.

Gracias a la edición de fuentes debida en su mayor parte a González Ramírez, así como también a don Isidro Fabela, en el seno mismo de la Preparatoria destacó al promediar el decenio en cuestión, un joven maestro, con gran capacidad oratoria y enorme solidez de conocimientos: Eduardo Blanquel Franco, que hizo de la enseñanza de la historia revolucionaria una profesión de

fe. Como maestro preparatoriano entusiasmó; como profesor universitario formó a futuros especialistas en ese campo de estudio, al que contribuyó, no sólo con su actividad formativa y difusora, sino como autor de una tesis, novedosa para su tiempo, sobre Ricardo Flores Magón. Blanquel se introdujo en la historia revolucionaria por dos vías: la enseñanza del doctor Leopoldo Zea y su participación en los seminarios que dirigía don Daniel Cosío Villegas en El Colegio de México. Aunque no impartía propiamente una cátedra de Revolución, en su clase de Comentario de Textos, enseñaba a los alumnos a analizar a profundidad los planes políticos de la Revolución.

Además de la mencionada tesis de Blanquel, destacarían las de Alicia Olivera, sobre el conflicto religioso de 1926-1929 y la de Eugenia Meyer sobre la conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución. La doctora Meyer sustituyó al licenciado Azuela y se dedicó a formar nuevas generaciones.

El cambio generacional era un hecho. La Universidad, a través de las facultades de Filosofía y Letras y Derecho, así como las Escuelas Nacionales Preparatoria, de Economía y Ciencias Políticas, estableció espacios en los que el conocimiento histórico sobre la Revolución Mexicana siempre estuvo presente en la voz de protagonistas como Antonio Díaz Soto y Gama y Miguel Alessio Robles, jóvenes testigos, como Jesús Sotelo Inclán y Manuel González Ramírez, a los que se deben sumar Salvador Azuela y José María Luján, para llegar a los que ya no tuvieron ningún contacto vital con ella. El contar en su seno con los archivos donados por el zapatista Gildardo Magaña, que en su momento consultó John Womack, y el del defensor de la libertad religiosa, Manuel Palomar y Vizcarra procuró elementos para partir de conocimientos sólidos y originales sobre el movimiento iniciado en 1910. Más tarde se incorporaron a sus acervos los archivos de los generales Jacinto B. Treviño, Juan Barragán y Amado Aguirre. A partir de 1970, ya con el revisionismo histórico en marcha, se sumaron nuevas generaciones al estudio de la Revolución, cuyo conocimiento histórico garantiza la reflexión sobre ella en su centenario.

⁴ Este punto lo trato *in extenso* en “Los orígenes del revisionismo histórico de la Revolución Mexicana”, capítulo de mi libro *Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2005, pp. 39-53.